

Álvaro Mutis

Diario de Lecumberri

Madrid: Alfaguara, 1997

Elena Poniatowska

Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska

Madrid: Alfaguara, 1998

El Palacio Negro



EN 1959, El escritor colombiano Álvaro Mutis ingresó en la Cárcel Preventiva de Lecumberri, situada en las afueras de México D. F. y conocida como el Palacio Negro, acusado de malversación de fondos de la empresa Standard Oil. Durante los quince meses que permaneció en el centro penitenciario, fue venciendo, poco a poco, la resistencia primera a verbalizar su experiencia, tanto en su relación con los demás reclusos como en la reflexión íntima sobre la condición humana, más allá de la desesperación, gracias a la escritura de un diario. Estos retazos de vida carcelaria fueron apareciendo en la prensa colombiana casi simultáneamente a su escritura y, posteriormente, recopilados en 1960 en una primera edición mexicana. Cuarenta años después, Mutis reflexiona sobre los mecanismos de “ese ilusionista permanente y lleno de ardides que es la memoria” (p. 9), que acalla o destaca los acontecimientos de forma arbitraria y caprichosa. Este mismo hecho hace que el autor se plantee dudas ante la reedición de algo que, andados los años, siente como “incompleto y no del todo válido” (p. 10), además de desconfiar de la existencia de un “improbable lector” (p. 10). Unas dudas que el escritor ya expresaba en su momento en las mismas páginas del diario (“No sé muy bien por qué he narrado todo esto. Por qué lo escribo. Dudo que tenga algún valor más tarde, cuando salga. Allá afuera, el mundo no entenderá nunca estas cosas. Tal vez alguien debe dejar algún testimonio de esta asoladora visita de la muerte a un lugar ya de suyo muy semejante a su viejo imperio sin tiempo ni medida. No estoy muy seguro. Tal vez sea útil narrarlo, pero no sabría decir en qué sentido, ni para quién”, p. 25). A fin de cuentas, recogiendo su propia cita de Mallarmé: “Un golpe de dados jamás abolirá el azar”.

Esta experiencia marca, indudablemente, un antes y un después no sólo en la trayectoria vital del escritor, como es obvio, sino también en su trayectoria literaria, ya que él mismo considera que ésta le llevó a cambiar de registro, a pasar de la poesía a la narrativa ("Este supuesto paso de un género a otro, se hizo posible gracias a esa inmersión en un mundo en donde se conjugaron el dolor, la más calurosa y cierta solidaridad humana, la conciencia de una torpe injusticia que se esconde en códigos y leyes. Para decirlo de una vez, la verdad escueta y brutal del hombre que ha caído al fondo del pozo (...)") (p. 11).

El diario, tan breve como intenso, se halla dividido en cinco capítulos, a modo de instantáneas externas e internas, que se ven traspassados en todo momento por la inquietud y en los que contrasta constantemente la jerga carcelaria con la elaborada prosa del escritor. Estos capítulos giran en torno a personajes del ambiente carcelario que el escritor va conociendo y que parecen estructurarse incluso como pequeños relatos, sin llegar a serlo propiamente, ya que sirven sólo de pretexto para hablar de su propia experiencia personal. Nos encontramos desde la miseria de un auténtico personaje balzaquiano, un avaro usurero (cap. II), a la confesión de cada una de sus muertes, en forma de letanía, de Rigoberto, asesino a sueldo (cap. IV), pasando por la historia de Palitos, un 'tecatero' (heroinómano), que queda "libre por defunción" al ser apuñalado (cap. III) y la felicidad de los presos homosexuales en el único espacio de libertad de la prisión, el baño de vapor. Retratos de dependencias sentimentales y tóxicas, de dolor, traición y muerte en un espacio cerrado y enrarecido con un código y unas leyes subvertidas. Un pequeño boceto de la condición humana, difícil de olvidar para el autor, porque "estas cosas no se olvidan, no son asunto de la memoria, son como esas balas que se alojan en el cuerpo y viajan por debajo de la piel y van a la tumba con su dueño, y aún allí permanecen vigilando los despojos" (p. 53), a pesar de todas las barreras que puedan levantarse para sobrevivir, a pesar de que "en la cárcel, cada cual tiene sobre sí un peso tal de angustia y desesperanza, que el dolor de los otros resbala como el agua sobre las plumas de los patos" (p. 60).

La intensidad del texto de Álvaro Mutis y, sobre todo, de la fuerza de sus silencios, de las ausen-

cias que se hacen presencia constante del dolor, encuentra su complemento en el libro de Elena Poniatowska, la destinataria principal de la correspondencia que Mutis escribió en esos meses de confusión y que ahora ve la luz, después de tantos años.

Poniatowska, en su prólogo, marca la distancia de los hechos narrados adoptando un tono periodístico, cercano al reportaje, que va salpicando de retazos de discurso directo del propio autor. Sin embargo, en ocasiones, este distanciamiento parece más bien una máscara para ocultar la incompreensión ante la separación abrupta, la pérdida de contacto, con alguien a quien llegó a sentirse muy cercana. A pesar de la distancia y de la contención de la autora, en algún momento, aflora el sentimiento, como sucede en la frase inicial -tan escueta como reveladora- del epílogo que acompaña la edición de las cartas: "Cuando Álvaro Mutis salió de la cárcel, nunca lo volví a ver (...) los rostros vistos en Lecumberri aunque sólo fueran los domingos, se bamboleaban frente a él como piñatas amenazantes" (p. 121). La correspondencia publicada se halla truncada, ya que desconocemos las cartas de la entonces joven periodista a Mutis, que no se adjuntan en la edición, pero se adivinan las necesidades de uno y las ambigüedades desmentidas de la otra. Las cartas de Mutis evidencian no sólo su gradual adaptación al medio carcelario sino el acercamiento paulatino hacia su interlocutora. Gracias a su correspondencia, descubrimos sus dificultades ante la creación literaria en un espacio adverso y amenazante, como es el de la celda, y el origen de su escritura diarística como forma alternativa de seguir, de alguna forma, el proceso creativo (p. 73).

También informa Mutis a su lectora de sus gustos literarios; en parte, para que le consiga libros que le ayuden a soportar lo insoportable, pero también para trazar un autorretrato que lo represente ante ella, para ser reconocido por lo que es y no por lo que parece. Así elabora listas enumerando a sus autores favoritos, reconstruyendo lo que, siguiendo a Valéry Larbaud (uno de sus referentes constantes), denomina sus "dominios", habitados por Cervantes, Pascal, Chateaubriand, Stendhal, Gogol, Baudelaire, Dostoievski, Mallarmé, George Moore, Dickens, Conrad, Perse, Proust (en edición de Skira), Apollinaire y Neruda. Lista a la que va añadiendo al paso otros nombres ("soy dolorosamente

rilkeano—en la lista de mis ‘Dominios’ lo olvidé, porque siempre se olvida en estos catálogos precisamente a quien más se debe—”, p. 78). No obstante, la biblioteca de la cárcel no parece mal dotada, a juzgar por sus sorprendentes tesoros, como las *Cartas del príncipe de Ligne*, editadas por Madame de Staël, la edición original del *Cántico* de Jorge Guillén o la de Alfonso Reyes de la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* de Góngora.

Las visitas dominicales de Elena Poniatowska a la cárcel, a veces sola, a veces acompañada por amigos como Luis Buñuel, van sacando al escritor colombiano de su encierro mental, de su aislamiento creativo, de su marasmo inicial. Paralelamente, tras la puesta en escena de una obra de teatro, *El Cochambres*, sobre la injusta prisión de un hombre cuyo mayor delito fue aplastar unas margaritas al dormir su borrachera en un jardín público, Mutis recupera el tono vital y participa de forma más activa en la vida carcelaria, hasta pensar en nuevos proyectos no sólo teatrales (esta vez un auto de Lope de Rueda y una comedia de Lord Dunsany, *Los dioses de la montaña*, p. 93), sino también poéticos. Lee entusiásticamente a Octavio Paz a la vez que experimenta un cambio esencial en su tono lírico, menos barroco y más íntimo, que él mismo identifica con una poesía de “abrirse las venas”(p. 93) con mucho de “confesión personal”, a pesar de sus propias reticencias (p. 100).

Sin embargo, más interesante resulta la constatación de su cambio de registro en cuanto al género literario. En algún momento, en sus primeras cartas, Mutis ya había reparado en el potencial narrativo del ambiente carcelario, en ocasiones expresado de forma sarcástica, como cuando comenta al referirse a la crujía de los travestidos: “¡Qué mundo fabuloso para quien tenga talento narrativo! Es algo que nadie puede imaginarse. Una especie de paraíso gidiano en versión de Tepito” (p. 88). Más curiosa resulta la singular datación del momento en que el escritor se decide a dar el salto a la narrativa, de forma más absurda que azarosa, tal y como cuenta en una de las últimas cartas: “Seki me puso a trabajar dizque en una obra de teatro. Yo muy formalito me puse a la

máquina -me había dicho que era imperdonable que no escribiera, teniendo un material tan precioso a la mano- y ahí me tienes dándole a la Olivetti para que saliera... ¿sabes qué? Una novela corta que no tiene ninguna relación aparente con todo esto y en la cual estoy enfrascado profundamente. Me ha pasado como a ese fotógrafo que cuenta Mihura en sus “Memorias” (...) que cuando fotografiaba una señora, le salía la Torre Eiffel (...) Total, que Seki se quedará sin pieza de teatro y falta por ver si yo ganaré un cuento, el primero que haya escrito en mi poltrona vida de poeta” (p. 103). En su siguiente carta, explica el resumen de otro cuento que ha escrito, un relato de aventuras ambientado en la India, con el que teme caer en Kipling, Tarzán o una película de Sabú y que no sabe cómo continuar. Esos son sus primeros pasos narrativos.

En estas últimas cartas, la confianza, tanto en sí mismo como en su interlocutora, se acrecienta y se permite incluso animarla a escribir también sobre su experiencia carcelaria, lejos de romanticismos (p. 111), en un tono que parece incluso más dirigido a él mismo, en una reflexión que, en su caso, se vería cumplida décadas después, en las novelas recopiladas en su *Summa de Maqroll el Gaviero*.

Finalmente, el epílogo que acompaña a la edición de las cartas esboza una semblanza del escritor a través de todos estos años, con un pequeño fragmento de relato de infancia: junto con recuerdos de familia, apunta los premios recibidos por el autor en los últimos tiempos y aporta una completa bibliografía de su obra. Sin embargo, a lo largo de sus cartas y su diario, Mutis se revela, sobre todo, en sus silencios, como forma de comunicación última, más allá de las palabras, como sentencia en unos versos que dedica a su amigo Alejandro Rossi, otro excéntrico: “Pienso a veces que ha llegado la hora de callar,/ pero el silencio sería entonces/ un premio desmedido,/ una gracia inefable/ que no creo haber ganado todavía” (p. 153).